

El Pez y la Flecha. Revista de Investigaciones Literarias,
Universidad Veracruzana,
Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias, ISSN: 2954-3843.
Vol. 5, núm. 11, enero-abril 2025, Sección Flecha, pp. 61-86.
doi: <https://doi.org/10.25009/pyfril.v5i11.203>

Lo “mexicano universal” en ediciones
y suplementos de Fernando Benítez
(1949-1971)

On the “Mexican Universal” in Editions and
Cultural Periodicals Directed
by Fernando Benítez (1949-1971)

Álvaro Ruiz Rodilla
Universidad Nacional Autónoma de México, México

ORCID: 0000-0002-6505-585X
alvaro@unam.mx

Recibido: 21 de junio de 2024
Dictaminado: 25 de octubre de 2024
Aceptado: 19 de noviembre de 2024



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial 2.5 México.

Lo “mexicano universal” en ediciones
y suplementos de Fernando Benítez
(1949-1971)

On the “Mexican Universal” in Editions and
Cultural Periodicals Directed
by Fernando Benítez (1949-1971)

Álvaro Ruiz Rodilla

RESUMEN

El medio siglo significó un momento de búsqueda de lo propio y de indagación en torno a *lo mexicano*. Esa forma de nacionalismo cultural se explora aquí en su faceta editorial y bibliográfica, tanto desde los suplementos medulares de Fernando Benítez —*México en la cultura* y *La cultura en México*— como desde las casas editoriales anunciadas o reseñadas en sus páginas, tanto desde la obra del autor como de la de sus colaboradores. Así, se delinear los rasgos de una comunidad imaginada a través de estas lecturas, en pleno auge editorial. Mediante las herramientas multidisciplinarias de la bibliografía social y material y la historia del libro, se observa el proceso por el cual lo “mexicano universal” toma forma en un entramado de vínculos profesionales y comerciales, en el que el Fondo de Cultura Económica es un actor preponderante y crucial.

Palabras clave: nacionalismo cultural; historia cultural; bibliografía nacional; publicación periódica; literatura nacional.

ABSTRACT

The Mexican half-century was a period of cultural and philosophical quest for a national being. That form of cultural nationalism is explored here in its editorial and bibliographical facet, both from Fernando Benítez’s supplements —*México en la cultura* and *La cultura en México*— and from the

publishing houses announced or reviewed in its pages, from both the author’s work and that of his collaborators. Thus, the outlines of an imagined community are delineated through these readings in the midst of a publishing boom. Through the multidisciplinary tools of social and material bibliography and book history, we observe the process by which the “mexican universal” takes shape in a network of professional and commercial links, in which the Fondo de Cultura Económica is a preponderant and crucial actor.

Keywords: cultural nationalism; cultural history; national bibliographies; magazines; national literature.

INTRODUCCIÓN: DESMONTAR EL RETRATO NACIONAL

En 1955, a dos años de haber tomado la dirección de la *Revista de la Universidad de México*, Jaime García Terrés se lanzó contra las tendencias nacionalistas que permeaban la atmósfera cultural y política. Distinguió entre un nacionalismo *abierto* y uno *cerrado*. El primero no era nada más que sentido común. Quienes lo profesan “buscan, con los ojos bien atentos y a lo mejor universal, consolidar las esencias, y nunca los accidentes ni las meras rutinas, de una tradición peculiar y viva” (García Terrés, 1955a, p. 3). El segundo, en cambio, es una “actitud suicida”, hija de los prejuicios y la estrechez, y un ejemplo de individualismo, encarnado en la política conservadora y persecutoria del senador McCarthy.

A fines de año, García Terrés volvía al tema nacionalista, gracias a un símil doméstico: la nación asemejada a un retrato familiar colgado en la pared, un bisabuelo hierático, intocable: “Para algunos la nación es, no una realidad viva, un proceso en continua ebullición y susceptible de adelantos y retrocesos, sino un mito inmóvil” (1955b, p. 3). Reprende a esos “fariseos” que no admiten reparos ante la –según ellos– acabada perfección nacional: “Les molesta, sobre todo, la ajena denuncia de los vicios y debilidades colectivos, en la cual hallan sólo perversas tentativas difamatorias y traiciones oscuras [...] y desde luego se ensañan en la literatura

que aloja esas denuncias” (p. 3). Sin dar nombres ni mayores precisiones, la columna de García Terrés parece anticipar —aunque no exactamente en el rubro de la creación literaria— las sacudidas que provocó una década después la publicación de *Los hijos de Sánchez* de Oscar Lewis, ante la cual muchos sectores sintieron que “denigraba a México”; y, como es sabido, el editor del libro, Arnaldo Orfila Reynal, director del Fondo de Cultura Económica, se vio obligado a dimitir.

¿Qué tan tajante fue la pugna en esa década entre detractores y defensores del nacionalismo? El espectro de la pregunta es amplio e intrincado. Para empezar, es evidente que el medio siglo arranca con el renovado interés por *lo mexicano* y famosamente se inaugura con la publicación de *El laberinto de la soledad* y el desarrollo del tema por los filósofos del grupo Hiperión. En el ámbito literario, la presencia de un influyente y resuelto surtidor de la cultura grecolatina, Alfonso Reyes, marcaba un rumbo cosmopolita para un sector de la cultura letrada. En espacio de algunos lustros, se publicarían en México los grandes hitos de la literatura contemporánea, pronto ungidos como clásicos nacionales, monumentos aún perdurables en un canon relativamente fijo: me refiero a *Confabulario* (1952), *El llano en llamas* (1953), *Pedro Páramo* (1955), *Balún-Canán* (1957), *La región más transparente* o *Piedra de sol* (1958). Con la irrupción de la llamada “Generación de medio siglo”, la cultura literaria mexicana se abrió al mundo y entró en el torrente de la literatura universal —por lo menos, eso aparece en el consenso de nuestra historia literaria. Todo indica que esta generación, a la que perteneció nuestro denunciante, fue la que logró al fin quitarse de la vista el retrato del bisabuelo.

Sin embargo, deberían hacerse algunos reparos ante un primer hecho muy visible: la nomenclatura editorial. Si bien es claro el contraste entre el cosmopolitismo de la *Revista Mexicana de Literatura*, fundada por Carlos Fuentes y Emmanuel Carballo en 1955, y el nacionalismo de la *Revista de Literatura Mexicana*, que dirigía Antonio Castro Leal, no es fortuito que de pronto abundaran publicaciones tituladas *México en el arte*, *Revista Mexicana de Cultura* —suplemento de *El Nacional*— o *México en la cultura* —suplemento de *Novedades*— y su

sucesor *La cultura en México* –suplemento de *Siempre!*–, los tres últimos fundados y dirigidos por Fernando Benítez en 1947-1971. La denominación nacional de estos títulos no traduce necesariamente un programa nacionalista, pero sí una búsqueda, una inquietud y un proceso donde la querrela entre *lo propio* y *lo ajeno* está viva y se mueve por aguas conceptuales que no son transparentes ni dicotómicas. Como hipótesis de trabajo, esto ya lo había planteado José Emilio Pacheco (1991) en un artículo sobre Juan Vicente Melo –que retoma las aportaciones de García Terrés al frente de Difusión Cultural en la Universidad Nacional Autónoma de México como renacimiento cultural de aquella época–:

no hay que olvidar que García Márquez hizo *Cien años de soledad* [1967] en el ambiente que rodeó a la Casa del Lago, parte de un movimiento más amplio que abarcó publicaciones como *México en la Cultura*, *La Cultura en México*, *Revista de la Universidad de México*, *Revista Mexicana de Literatura*, [...]. Alguien tendrá que decirnos por qué surge tan obsesivamente el nombre del país en los medios expresivos de una generación que se creyó antinacionalista y antipatriota (p. 207).

¿Cuáles eran entonces las representaciones, tensiones y avatares del nacionalismo de este medio siglo letrado? Y, sobre todo, ¿cómo abordarlas?

Más que indagar una vez más en la literatura de esta generación, entrevemos otros esbozos de respuestas posibles, complementarios a la historia de la literatura, a partir de las metodologías de la historia del libro y la bibliografía. Desde los años 1990, ambas se plantearon como multidisciplinas –McKenzie, Barbier– capaces de alojar los intereses cruzados de las condiciones de producción de sentido del texto, la historia de las técnicas impresas que lo difunden y los usos sociales del objeto. Entendida como tarea histórica, Howsam (2006) establece:

the bibliographer’s core idea, that the material form of a text affects (and to some extent effects) the meaning attached to it by the recipient, brings the historian up against the question of who endows

the object with its form, and the extent to which the perpetrator (or perpetrators) intend the meaning (or meanings) which the recipient perceive” (p. 48).¹

Estos “perpetradores” pueden entenderse como un conjunto de fuerzas que van desde los abstractos poderes estatales o culturales hasta los autores, editores y diseñadores, cuyas decisiones tienen pesos concretos. Por su parte, Chartier (2017), otro impulsor de la “bibliografía material”, inscribe las obras también en un contexto social fluido: conjunto de públicos lectores que *reciben* los textos según modalidades de producción, circulación y competencias propias, específicas de creadores que *producen* “en la dependencia. Dependencia respecto de las reglas –del patronazgo, del mecenazgo, del mercado– que definen su condición. Dependencia, aun más fundamental, respecto de las determinaciones no sabidas que habitan la obra y que hacen que ésta sea concebible, comunicable, descifrable” (p. 21). Las perspectivas de Chartier, Howsam o McKenzie no anulan aquí las características atribuidas por algunos teóricos de las publicaciones periódicas, como Annick Louis, sino que buscan vías complementarias y puntos de encuentro.

Dicho esto, estudiaremos tanto la configuración material como la presencia de esas fuerzas “perpetradoras” de sentido en el mundo libresco, reflejado en las páginas de los dos suplementos de Benítez, centrales del periodo, y la articulación entre éstos y la cultura editorial dominante de su tiempo –entre otras cosas, emanada del aparato estatal-cultural del Fondo de Cultura Económica. A partir de ese terreno acotado a la presencia del libro, de autores, editores e incluso de bibliófilos en los suplementos, buscaremos arrojar algunos haces de luz a la cuestión del “nacionalismo cultural”.

¹ “la idea central del bibliógrafo, según la cual la forma material de un texto afecta (y hasta cierto punto determina) el significado que le atribuye el receptor, coloca al historiador frente a la cuestión de quién dota al objeto de su forma, y hasta qué punto el autor (o autores) aspira a determinar el significado (o significados) que percibe el receptor.”

NACIONALISMO CULTURAL Y CULTURA EDITORIAL DE MEDIO SIGLO:
APROXIMACIONES

Los estudiosos de la nación y el nacionalismo –Hobsbawm, Ernest Renan, Hans Kohn o Benedict Anderson, entre muchos más– han mostrado las dificultades para definir semejantes conceptos. Donde un historiador marxista como Hobsbawm halla determinismos económicos, un antropólogo como Anderson encuentra raíces culturales. La aproximación de este último descubre precisamente un fuelle importante para la cohesión de la “comunidad imaginada” en el desarrollo del *capitalismo de imprenta*. Para Anderson (2021), la lectura masificada de novelas y periódicos contribuyó a forjar esa identidad común a raíz de una idea de simultaneidad nueva –la coincidencia en el calendario y el reloj (p. 41). El periódico, en específico, esa “forma extrema del libro”, entendida como *best-seller* de un día, se construye a partir de inclusiones y yuxtaposiciones arbitrarias de eventos y textos: el hilo imaginado que los conecta nace de dos factores, la coincidencia de fecha y el mercado impreso, efímero, que renueva día a día la lectura, “ceremonia masiva” y simultánea (pp. 51-65). Por supuesto, se trata de circunstancias decimonónicas, cuando en distintos momentos y lugares el ritmo y la circulación del capitalismo impreso moldearon la conciencia de la “comunidad imaginada”. Para mediados del siglo xx, los medios de comunicación habían ciertamente trastornado los modos de lectura y las representaciones de esa comunidad imaginaria. La televisión llegó a México en 1950, y la radio ya era parte de los rituales cotidianos y masivos. No obstante, los medios impresos seguían teniendo una centralidad hegemónica en términos informativos, educativos, culturales y comerciales. Por eso, nuestro seguimiento de los suplementos en relación con el nacionalismo cultural guarda cierta pertinencia, aun en el medio siglo. El medio impreso tiene un tiraje que lo sigue asemejando a esos *best-sellers* efímeros, más aún cuando las políticas de alfabetización emprendidas en las décadas anteriores empezaban a dar sus frutos, sobre todo en la población urbana.

Además, no puede soslayarse el hecho de que a partir de los años 1950, y con mayor énfasis en los 1960, crece la incipiente industria

del libro en México, tanto en el ámbito privado como en el estatal. El auge y fundación de nuevas editoriales y colecciones se correlaciona con la expansión de un creciente y variado público lector, que consume diarios como *Novedades* y, en menor medida, revistas como *Siempre!*, que promueven una prensa cultural informada y creativa, animada por escritores y artistas. Que algunas de esas publicaciones periódicas llevaran cierta insignia nacional coincide con el desarrollo y, más aún, la fundación de importantes colecciones editoriales, como la Colección de Escritores Mexicanos (1944), México y lo mexicano (1952) –ambas en Porrúa–, Letras mexicanas (1952) y la Colección Popular (1959) –del Fondo de Cultura Económica– o la Nueva Biblioteca Mexicana (1959) y Cultura Mexicana (1953) –de la Universidad Nacional Autónoma de México. Como destaca María José Ramos de Hoyos (2020), con el crecimiento del público universitario y de la propia Universidad Nacional Autónoma de México, “autores, obras y colaboradores se repiten entre las publicaciones del ámbito privado y comercial, y las de las instituciones académicas” (p. 219). Se configura así una cultura editorial enriquecida, con una fluida y centralizada circulación de textos y personas entre distintas instancias del mundo impreso: desde el directorio –en este caso, veremos el papel central de Benítez– hasta la nómina de colaboradores y diseñadores; desde los ensayos y artículos que perfilaban la esfera editorial hasta la labor de reseñistas y bibliófilos –en este caso, Emmanuel Carballo o Enrique González Casanova–; desde géneros específicos, como columnas, notas y portadas hasta anuncios y planas publicitarias, con sus acuerdos propios. Rastrear lo que podemos llamar la “zona bibliográfica” de los suplementos nos muestra los rasgos de una serie de publicaciones y editoriales yuxtapuestas en el tiempo simultáneo que percibía una comunidad lectora.

La nación lectora, imaginada, que se refleja en esas planas cobra los rasgos del nacionalismo cultural y asimila sus batallas, cuyos contornos difusos no se han problematizado con mayor precisión en el caso mexicano. Carlos Monsiváis (2010) lo define como “una técnica de resarcimiento que saca a flote, indistintamente, la resistencia antiimperialista, el orgullo ante posesiones y yacimientos

artísticos y el compromiso de atender las urgencias expresivas de una nación nueva o diferente” (p. 212), cuyos objetivos son “dotar al país de formas expresivas que, al serle propias, configuren la fisonomía espiritual y la identidad intransferible y obtengan el reconocimiento internacional y las enmiendas políticas concretas” (p. 211). En el ámbito editorial —la faceta que aquí nos interesa—, destaca una lista de libros que la Nación “elige como suyos” (p. 218): aunque la genealogía abarca *Los de abajo* (1914) y el *Ulises criollo* (1938), tienen mayor peso los del medio siglo, esto es, *El laberinto de la soledad* (1950), *Pedro Páramo* (1955) y *El llano en llamas* (1953), *La región más transparente* (1958), *Recuento de poemas* (1962), *Pueblo en vilo* (1968) y *La noche de Tlatelolco* (1971), muchos de los cuales aparecieron en la colección Letras mexicanas, y cuya recepción lectora y comercial tuvo amplios espacios en los suplementos de Benítez y son hijos de dos generaciones de colaboradores cercanos, a excepción de Jaime Sabines. En todo caso, la lista de Monsiváis amplía la *búsqueda de lo mexicano* con el apoyo de un circuito editorial donde Fernando Benítez era una de las órbitas de mayor atracción.

UN NAVEGANTE EDITORIAL EN BUSCA DE MÉXICO

Benítez, en efecto, es una figura clave de la búsqueda de lo mexicano en el medio siglo; y esto no sólo por su papel en la fundación, dirección y edición de dos de los suplementos dominantes de la cultura letrada de las décadas de 1950 y 1960, sino por su propia trayectoria como escritor, periodista, historiador, intelectual y actor de la vida pública, quien incluso “parecía destinado a una vida política” (Fuentes, 2012, p. 35). En efecto, Benítez fue secretario particular (1943-1947) de Héctor Pérez Martínez, escritor y político, gobernador de Campeche (1939-1943), subsecretario de Gobierno de Manuel Ávila Camacho (1945-1946) y secretario de Gobernación (1946-1948) de Miguel Alemán.

Iniciado en las páginas de *Revista de revistas*, Benítez pronto conoce a Pérez Martínez en el periódico gubernamental *El Nacional*,²

² Héctor Pérez Martínez había llegado al periódico en su fundación, en 1929, bajo el nombre de *El Nacional Revolucionario* (Vargas, 2019, p. 289).

órgano del gobierno de Lázaro Cárdenas, al cual el periodista ingresa en septiembre de 1936. Pérez Martínez lo nombra director general una década después; y una de sus primeras medidas es renovar el suplemento cultural —que dirige en 1947-1948. Aquel periodo de *El Nacional* fue importante en su formación, como apunta Gustavo García (1999):

[Benítez] vive con intensidad una bohemia bronca donde se mezclan artistas, generales y políticos [...]. Pero en *El Nacional* respira el régimen; desde la víspera de la expropiación petrolera, los colaboradores hacen guardia esperando la orden para escribir los editoriales y lanzar la ofensiva a favor de la medida que, adivinan, tendrá a los medios en contra (1999).

Biógrafo de Lázaro Cárdenas y estudioso de su papel histórico,³ Benítez queda marcado por la experiencia de 1938: sella su ideología de izquierda nacionalista, que no es ajena a la línea editorial de *México en la cultura*, donde se celebran algunos aniversarios de la expropiación petrolera, hasta el vigésimo, en que resalta el tinte de liberación épica de todo el número conmemorativo. La propia tinta de Benítez (1958), en una extensa crónica de ocho columnas —“La epopeya del petróleo”—, conecta el trabajo petrolero con el legado de la civilización olmeca, poetiza las “iridescencias” del oro negro en el agua de un río y les deja, al fin, a los lectores una patriótica y marítima metonimia: un barco de Petróleos Mexicanos “representa a México y [...] es el símbolo de un nuevo país, que se hace al mar, a la libertad, rompiendo las pesadas amarras de su intolerable y amarga servidumbre” (p. 8).⁴ En la disposición tabloide del suple-

³ Véase Fernando Benítez (1977).

⁴ El número monográfico —471, 23/03/1958— abre la celebración “veinte años después” con un texto de Jesús Silva Herzog en portada y una lista entera enumerando los logros de dos décadas. En un editorial, se apunta que “la trascendencia moral de estas grandiosas realizaciones [los logros económicos de Petróleos Mexicanos] es todavía mayor, ya que ha demostrado lo que un pueblo es capaz de realizar cuando él mismo puede manejar su propia riqueza. MÉXICO EN LA CULTURA, en este aniversario, ha creído oportuno dedicar unas páginas a la nacionalización de la industria que, recogiendo los rasgos históricos esenciales de la expropiación, también presenten al lector las realizacio-

mento, la segunda página de la crónica de Benítez colinda con un anuncio de las Ediciones de la Universidad, que presenta la colección Cultura mexicana, donde, coincidentemente, ésta se vuelve a presentar destacando las “realizaciones” nacionales –véase imagen 1. La plana tiene, además, una amplia cinta horizontal en la parte inferior, que anuncia una edición extraordinaria, número doble de la revista *Artes de México*, dedicado a la obra mural de Diego Rivera.



Imagen 1: “La epopeya del petróleo” de Fernando Benítez con motivo del aniversario de la expropiación.

Fuente: *México en la cultura*, Suplemento de *Novedades*, núm. 471, 23 de marzo de 1958, p. 5. Acervo de la Hemeroteca Nacional de México, UNAM.

nes fundamentales de estos veinte años”. La página es una crónica de Elvira Vargas, a la que sigue otra de Gastón García Cantú. En ésta, Benítez seguramente agregó el siguiente sumario: “La obra civilizadora de los olmecas después de dos mil años la reanuda con técnicas modernas y un espíritu nuevo Petróleos Mexicanos.”

El efecto visual de la página completa, anchas dimensiones en manos del lector, observada en su composición y diagramación, incluyendo las expresivas ilustraciones de Alberto Beltrán, con los alargados anuncios en las franjas horizontal y vertical de los extremos –inferior y exterior–, no puede ser gratuito: en la síntesis entre el contenido textual y el comercial, se amalgaman el nacionalismo económico y el cultural –tanto gráfico como bibliográfico. Por supuesto, aunque dicho efecto dependa únicamente de aislar esta sola plana en la mirada, no deja de ser llamativo ni de conjugarse a la perfección con semejante efeméride. Toda decisión editorial y de diseño *perpetra* un significado, así sea menos evidente que una portada o una colaboración textual de mayor calado, como por ejemplo las del propio general Cárdenas en el suplemento.⁵

No obstante, más allá de estas afinidades cardenistas, vitales e intelectuales, Benítez osciló entre la cercanía, la abierta oposición y la negociación con el poder político mexicano de esos años. Al salir de *Novedades*, el suplemento de *Siempre!* contó con el apoyo financiero y el saludo personal de Adolfo López Mateos, el déspota ilustrado que auspiciaba el Estado cultural. La historia literaria mexicana ha conservado el mito de toda una generación de escritores y artistas combativos del nacionalismo cultural y disidentes que sorteaban la censura gubernamental, “un mito que necesariamente los convierte [a los colaboradores del suplemento], con Benítez a la cabeza, en sufridas víctimas de la intolerancia ideológica”, con lo cual “los méritos de Fernando Benítez son muchos, pero jamás fue un mártir sacrificado en el altar de la intolerancia ideológica. Todo lo contrario, fue un privilegiado del régimen priista” (Camposeco, 2012). Privilegiado y, en concreto, favorecido por el régimen. Eso no impide que Benítez y su grupo no hayan cejado al denunciar al gobierno, como ocurrió con el asesinato de Rubén Jaramillo, en 1962, con la salida de Orfila Reynal del Fondo de Cultura Económica o con la masacre de Tlatelolco, hechos todos que resquebra-

⁵ El expresidente publicó dos textos, ambos en portada: “Diego Rivera” (1956) y “Mugica, un hombre de la Revolución mexicana” (1960).

jan lentamente la legitimidad de la política cultural nacionalista del “régimen clásico” del Partido Revolucionario Institucional (PRI).

Ahora bien, un espejo tráns lucido de la voluntad de un grupo o de una publicación debe siempre encontrarse en su primer editorial. Declaración de principios, su naturaleza programática, puede contener los elementos de un manifiesto de grupo o generacional, no deletnable en el caso de un colectivo de autores tan unido como el que acompañó a Benítez en su transición de *México en la cultura* a *La cultura en México*. En este sentido, el primer editorial de *México en la cultura* se adhiere plenamente a un programa con vocación nacional. Destaca, de inicio, el “espíritu esencialmente mexicano” de la publicación, que “aspira, en primer término, a convertirse en un resonador de la cultura nacional”, llenando el hueco periodístico que difundía la “creación espiritual” de México. A continuación, y vale la pena citarlo *in extenso*, se naturalizan esos afanes “espirituales” a toda la nación mexicana, no sin incluir el ámbito extranjero y concluir con un lema:

Creemos que el noble propósito de satisfacer los afanes de conocimiento y el deseo de belleza connaturales al mexicano sólo se logra con el aprovechamiento irrestricto de sus hombres de excepción. Pensamos también que nuestra cultura no se defiende con el aislamiento. Las más relevantes manifestaciones de la cultura en el extranjero también tendrán eco en el suplemento de *Novedades*. [...]. Abrimos una ventana al paisaje entrañable de México, al de su cultura, que es en nuestros días conturbados un motivo de orgullo y una lección de callado heroísmo. *Lo mexicano con trascendencia universal y lo universal que fecunde lo mexicano podría servir como lema* (Anónimo, 1949, p. 3).⁶

La misión de dotar lo mexicano de “trascendencia universal” debe relacionarse inmediatamente, en el contexto del medio siglo, con el papel de “patriarca” –como lo definió Carballo (Camposeco, 2015, p. 105)– de Alfonso Reyes en este proyecto periodístico. Lo expli-

⁶ Las cursivas son nuestras.

ca el propio Benítez: “Mi primer colaborador fue Alfonso Reyes. Me dirigí al autor [...] y le hice ver que sus libros circulaban muy poco [...], y le ofrecí un público de 100 mil lectores. Aceptó, y hasta su muerte fue nuestro más constante colaborador” (Marín, 1992). La afirmación es cierta a medias, pues colaboradores afanados en notas bibliográficas y reseñas críticas, como Emmanuel Carballo o Henrique González Casanova, fueron los más asiduos. De cualquier manera, la función tutelar de Reyes está arraigada en el suplemento, pugnando por proseguir la búsqueda paradójica nacional: el anhelo de comulgar con la literatura universal para alimentar lo propio, generando un círculo virtuoso de intercambios, diálogos y aportaciones entre el reservorio de la cultura universal y el de la cultura nacional. Carlos Fuentes (1992) sintetiza bien el papel del autor de *Visión de Anáhuac* en aquellos años: “Reyes había librado la guerra contra el chovinismo estéril con el argumento de que una cultura sólo puede ser provechosamente nacional si es generosamente universal” (p. 57).

Bajo la tutela de Reyes y la cercanía de Fuentes, lo universal mexicano se traduce efectivamente en la línea editorial de *México en la cultura*. En sus páginas, conviven tiempos y geografías en un eclecticismo propio. Por supuesto, lo universal corresponde a ciertos acervos mayoritaria y marcadamente occidentales. Es un momento en que se discute y reivindica si México pertenece o rechaza a Occidente. Así que se buscan las vías para que lo mexicano comulgue con ese fondo de tradiciones y extraiga el cáliz necesario para participar en el banquete. Encontramos así números temáticos, lo mismo sobre Goethe o Mozart que sobre el petróleo o el indio mexicano; ensayos de portada, lo mismo de Paul Westheim sobre arte prehispánico o de Paul Valéry. Mientras lo mexicano no sea reconocido en el extranjero, y es más: mientras sea ignorado —como lamentó Paz en una carta a Reyes de 1956 (Reyes & Paz, 1998, p. 159)—, el esfuerzo desde México es acompañarse al pasado y presente occidentales. Son las paradojas de todo nacionalismo: la convivencia con otros *nacionalismos abiertos* abona a la fuente universal.

En esa clave paradójica, puede leerse también la propia obra de Benítez, quien transitó por los temas mexicanos: investigó tanto

la vida de los campesinos de Yucatán y la del general Cárdenas como la historia colonial y las costumbres de los grupos indígenas del país, sin dejar de lado otras geografías –como China. Por eso, Laura Emilia Pacheco lo compara con el navegante español Andrés Urdaneta y afirma que “Benítez era justo eso: un navegante osado, un descubridor de regiones encantadas. Resultaba común verlo embebido en lecturas sobre mundos remotos que él volvía inmediatos en sus libros” (Benítez, 2000, p. 13). En sus suplementos, en cambio, no tienen tanta fuerza esos *mundos remotos*.

LIBROS, EDITORIALES Y BIBLIÓFILOS: CONTINUIDADES Y PARADOJAS DE LA PREOCUPACIÓN NACIONAL

La obra impresa del director de *México en la cultura* cobra otro sentido dentro del circuito que involucra a sus editores externos y colaboradores con la línea editorial de sus suplementos. El Fondo de Cultura Económica es una parte toral de éste. Aún como director, Cosío Villegas le escribe a Benítez, solicitándole su intercesión ante Pérez Martínez para conseguir la entrada de un grupo de editores italianos al país. Se trata de un permiso migratorio, rápidamente tramitado (Cosío Villegas, 1947). Aunque este curioso favor antecede la publicación del primer libro de Benítez en el Fondo de Cultura Económica, no insinúa que *La ruta de Hernán Cortés* (1950) ni sus libros posteriores sean producto de él; simplemente retrata un paso relacional, en un nodo donde se entrelaza el ámbito político, institucional, periodístico y editorial. Pronto Benítez, a vuelta de carta, invita a Cosío Villegas a colaborar en su primer suplemento (Benítez, 1947).

Es imperativo entender el lugar atribuido a ese primer libro en la historia literaria y editorial mexicana, en relación al nacionalismo cultural. Así lo plantea José Emilio Pacheco (2012):

El siglo xx al llegar a su mitad reflexionó en torno a sí mismo. [...]. Entre nosotros hubo una reflexión general acerca de qué era México, qué significaba ser mexicano, cómo habíamos llegado hasta donde estábamos en 1950 y en cuáles condiciones alcanzaríamos

el año 2000. A este impulso y este momento debemos libros como *El laberinto de la soledad* y *La ruta de Hernán Cortés* (p. 636).

Además de yuxtaponerlo al libro más exitoso sobre “lo mexicano”, en otro artículo lo enlaza no sólo con “el más mexicano de los suplementos”, sino con toda una labor duradera de (y desde el) medio siglo:

La ruta de Hernán Cortés fue el primer libro mexicano del medio siglo. Se terminó de imprimir el 24 de enero de 1950. Con él y con *México en la Cultura*, el suplemento de *Novedades* fundado unos meses atrás en 1949, empezó un período de la vida intelectual y artística mexicana que al cerrarse cincuenta años después con la muerte de Benítez ya puede ser valorado (2000, p. 707).

Tanto en su primera como segunda edición –1950 y 1956, en la colección Tierra Firme–, el libro de Benítez se publicó en un formato de tapas duras, con camisa a color, profusamente ilustrado con estampas y viñetas de Alberto Beltrán –véase imagen 2).⁷ A partir de aquí, el Fondo de Cultura Económica será una casa editorial predilecta para él: algunos de sus títulos, como éste y los posteriores, gozarán de reediciones y reimpressiones numerosas, tirajes constantes –a veces de hasta 50 mil ejemplares. No es casual, por lo tanto, que el Fondo de Cultura Económica fuera no sólo uno de los principales y longevos anunciantes de los suplementos de Benítez, sino un medio editorial con el que compartían colaboradores, afinidades y objetivos en común, en la búsqueda de *lo mexicano universal*, a través de la bibliografía.

⁷ Ambas ediciones tuvieron un tiraje de 3 mil. Para 1964, ya en la Colección Popular, el tiraje es de 10 mil, hasta llegar a los 50 mil ejemplares en la colección Lecturas mexicanas, que coedita la Secretaría de Educación Pública y el Fondo de Cultura Económica (1984).

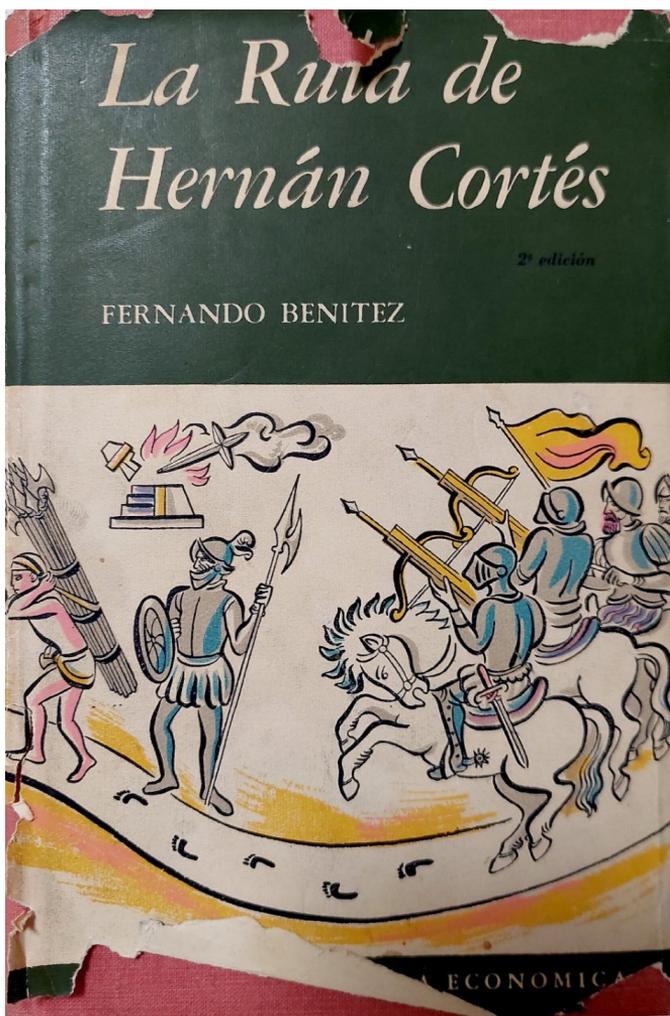


Imagen 2: Portada de *La ruta de Hernán Cortés* con camisa a color deteriorada.

Fuente: Biblioteca del Fondo de Cultura Económica.

En materia de cobertura bibliográfica, desde los inicios se crearon espacios duraderos, donde se alternaría lo mexicano y lo universal, sin fundirse del todo. “Autores y libros”, a cargo mayoritariamente

de Henrique González Casanova, apareció en el número 2 de *México en la cultura* y perduró en los 506 que dirigió Benítez en *Siempre!*: con notas breves e informativas, cubría las novedades biblio-hemerográficas y actividades culturales —cine, teatro, arte—, incluyendo a autores selectos del país. Un estudio pormenorizado de esta columna (1949-1955) nos muestra datos elocuentes: el Fondo de Cultura Económica lidera en una relación casi de 1 a 2 los libros seleccionados (Torres García, 2016, p. 129), en una amplia variedad, que incluía desde editoriales extranjeras hasta “las pequeñas editoras de provincia y los temas nacionalistas y etnográficos que en ellas se estaban publicitando” (p. 137). Finalmente, entre los temas más comentados está “el rescate de la memoria histórica mexicana, donde [los autores de la sección] buscaban un afianzamiento identitario de lo nacional e integrado a nivel mundial” (p. 147).

“Autores y libros” convivía y competía —por la centralidad y el peso visual en la plana— con secciones exclusivamente bibliográficas o de crítica, como “Los libros”, “Imprenta mexicana” —que entre 1953 y 1954 destacó la producción nacional—, “Los libros de última hora”, “El libro de la semana”, que solían aparecer en la página 7; y luego, prioritariamente, pasaron a la 2. El peso visual de las portadas, con esporádicas ediciones en francés o en inglés —eco del anhelo bilingüe en el constante anuncio de la Librería Madero en *La cultura en México* —véase imagen 3—, empezó a competir con las centrales ilustraciones de autores mexicanos —de Elvira Gascón y luego Alberto Beltrán— para “Autores y libros”, a partir de 1953. De modo que una *comunidad imaginada* de lectores presenció en esas planas tanto la política de apertura y traducción del Fondo de Cultura Económica como la proliferación de la esfera editorial mexicana, junto a algunos casos extranjeros.

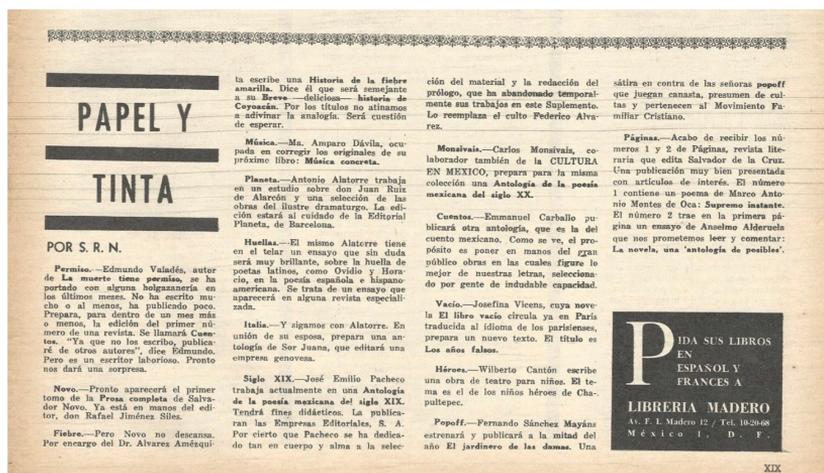


Imagen 3: Sección inferior de la página XIX del suplemento *La cultura en México*, donde aparece la columna de novedades bibliográficas de Salvador Reyes Nevares y el recuadro con el anuncio sempiterno de la Librería Madero.

Fuente: *La cultura en México*, suplemento de *Siempre!*, núm. 109, 18 de marzo de 1964, p. XIX. Acervo de la Hemeroteca Nacional de México, UNAM.

Ahora bien, el Fondo de Cultura Económica fue la única editorial que gozó de esa plana completa, incluyendo notas y un anuncio de suscripción por cuotas, desde septiembre de 1949.⁸ Desde entonces el Fondo de Cultura Económica sería un anunciante privilegiado,⁹ gozando de algún recuadro o de una columna completa, a razón de

⁸ El primer anuncio del Fondo de Cultura Económica en el suplemento es anterior: 13 de febrero. El 4 de septiembre, con motivo de los 15 años del Fondo de Cultura Económica, esta página reúne opiniones sobre la editorial; notas bibliográficas de sus libros, con portadas incluidas; una entrevista de Enrique [sic] González Casanova con Cosío Villegas; otra de Guadalupe Rubens con Orfila Reynal; y finalmente "Autores y libros" está dedicada al catálogo del Fondo de Cultura Económica y sus novedades venideras, incluyendo *La ruta de Hernán Cortés* de Benítez. La firma "A. Ch.", a todas luces el entonces Alí Chumacero.

⁹ Es difícil determinar si los anuncios eran contratos formales o arreglos entre directivos. Hallé pruebas documentales exiguas: contratos por "intercambio publicitario" entre la revista *Siempre!* y el Fondo de Cultura Económica, fechados en 1970 y 1971, con una cuenta a crédito en la que Luis Alcayde, administrador de *Siempre!*, escogía libros a cambio de la publicidad. Sin embargo, los anuncios del Fondo de Cultura Económica en

un anuncio por número, y en ocasiones especiales bastante más.¹⁰ Un elemento más en la sostenida presencia no sólo comercial y bibliográfica, como ya vimos, sino también en el acopio de documentación donde se fue escribiendo paulatinamente la historia del Fondo de Cultura Económica: testimonios, opiniones y notas de sus editores o directivos, además de las puntuales efemérides de la casa editorial. Y eso se mantendrá incólume, con altibajos, hasta la salida de Benítez de estos suplementos enlazados.

Apenas puede exagerarse que de 1949 hasta 1971 Benítez abrazó plenamente, desde sus suplementos, el proyecto de apertura y crecimiento editorial del Fondo de Cultura Económica, en el que, a la par de una gran cantidad de traducciones de calidad, lo *mexicano universal* empezó a cobrar su forma más palpable y dirigida en la colección Letras mexicanas, de la que él formaría parte, primero, en el número 52, con *El rey viejo* (1959),¹¹ relato de los últimos días de Carranza, el cual debe enmarcarse aún en la tradición de la novela de la revolución mexicana, y que constituye, como los demás libros de estos años del autor, otro certero *long-seller* para la editorial.¹²

Además de la sostenida atención bibliográfica y comercial, los vínculos directos eran también humanos. La estrecha cercanía entre el Fondo de Cultura Económica y los suplementos de Benítez es una compleja red, que aquí apenas esbozamos en algunos ejemplos. Además de viñetas y otras ilustraciones, Elvira Gascón –creadora de innumerable obra gráfica para el Fondo de Cultura Económica– dibujó 378 retratos para *México en la cultura*, en el periodo de Benítez (Torres García, 2016, p. 111). Otro artista-diseñador,

esos años son muy escasos en *La cultura en México* y no corresponden a las fechas de las facturas.

¹⁰ En el número 149 de *La cultura en México*, por ejemplo, se anunció el Fondo de Cultura Económica en una columna entera (p. vii) y en 5 recuadros medianos (pp. viii, xiii-xv y xvii).

¹¹ Formato en pasta dura, con solapas.

¹² A excepción del drama *Cristóbal Colón* (1951, colección Tezontle), los otros cuatro libros de Benítez en el Fondo de Cultura Económica en estos años, *La ruta de Hernán Cortés*, *El rey viejo*, *El agua envenenada* y *Ki: el drama de un pueblo y una planta*, han transitado por varias colecciones, numerosas reediciones y reimpressiones hasta nuestros días. Algunas se detallan en las notas siguientes.

Vicente Rojo, creó las portadas de las dos ediciones simultáneas de *El rey viejo*¹³ y de *El agua envenenada* (1961), la segunda novela de Benítez –y también la segunda que entraba a la Colección Popular.¹⁴ Rojo fue nada menos que el director artístico de *México en la cultura* –tras la muerte de Miguel Prieto, en 1956– y también el diseñador de *La cultura en México* –con algunos intervalos fuera. A partir de 1955, tanto Gascón como Rojo y Beltrán eran parte del equipo de diseño y diagramación del Fondo de Cultura Económica. Por último, no está de más señalar que la edición de *El rey viejo*, entre otros éxitos de Benítez, estuvo al cuidado de uno de sus colaboradores librescos más asiduos: Emmanuel Carballo, quien prestó servicios editoriales en el Fondo de Cultura Económica, además de fungir como Coordinador de Literatura en el proyecto de García Terrés en la Universidad Nacional Autónoma de México. Ahora bien, las acusaciones de endogamia –encarnadas en la palabra “Mafia”, arrojada contra Benítez y su grupo– no deben cegarnos ante un hecho claro: la incipiente profesionalización del medio editorial, literario y del diseño gráfico en esos años.

En defensa del dúo Rojo-Benítez, por ejemplo, es notable el cambio que trajo a *México en la cultura* el artista exiliado al morir su mentor:¹⁵ se funda una segunda época, que implica no sólo una ampliación a doce páginas, una modernización audaz en las tipografías y diseño, rompiendo el tono monocromático –empezó a imprimirse en dos tintas–, sino una ampliación de los recursos del *capitalismo impreso*: la mercadotecnia y los circuitos editoriales-comerciales en consonancia con los contenidos. Así, las páginas de arte anuncian exposiciones, galerías, libros de arte, productos de-

¹³ Con 4 días de diferencia –26 y 30 de octubre–, aparecieron ambas ediciones: primero la de la colección Letras Mexicanas –con un tiraje más bien modesto para su época: 2000 ejemplares– y después la de la Colección Popular, núm. 9, pero esta vez con un tiraje de 10000 ejemplares. En 2024, *El rey viejo* llegaba a su 18ª reimpresión en esta colección.

¹⁴ La primera edición de *El agua envenenada* –número 6, Colección Popular– tuvo un tiraje de 10000 ejemplares. En 2014, alcanzó su 28ª reimpresión en dicha colección. En 1984, se integró a Lecturas mexicanas, coeditada con la Secretaría de Educación Pública, con tirajes de 50000 ejemplares.

¹⁵ Esto ocurrió a partir del número 401, del 25 de noviembre de 1956.

corativos o joyas; y ocurre lo mismo con cada sección temática –teatro, música, ballet, cine, radio, televisión y tres nuevas: “La Mujer”, “Turismo” y “Espectáculos de Ciudad”– pp. 8-11. La página bibliográfica (2) ahora se tapiza de anuncios y da cuenta de una nueva bibliodiversidad mexicana –véase imagen 4–, que, en términos de impacto visual, no llegó a *La cultura en México*.



Imagen 4: Página de “Literatura”, tapizada de novedades bibliográficas y anuncios de editoriales y librerías, representativa de la segunda época del suplemento *México en la cultura*.

Fuente: *México en la cultura*, suplemento de *Novedades*, núm. 414, 24 de febrero de 1957, p. 2.

El Fondo de Cultura Económica ya no es un actor tan preponderante en esta segunda época, aunque ha contribuido notablemente a poner en alto el libro “hecho en México”, el cual ocuparía incluso un “suplemento de libros” de *México en la cultura* –30 de noviembre de 1958–, también inserto en *Novedades*, una conjunción entre cultura y mercado, en formato magazín, que, pese a quedar trunca –existió un solo número–, expresaba los valores del “libro mexicano”. Semanas antes, el número 500 de *México en la cultura* celebraba las aportaciones mexicanas de toda una década a los géneros literarios –novela, cuento, ensayo–, sin obviar los volúmenes de imprenta. Con un amplio despliegue de anunciantes (pp. 5-6), varias notas dedicadas a “El movimiento editorial en México” realizaban los libros de ediciones Patria, que debían “servir para modelar el espíritu nacional” y “desterrar” aquellos “hechos en el extranjero”. De la editorial Hermes, se destacaba su programa de publicaciones de autores nacionales e internacionales, entre los que destacaba la *Historia moderna de México* de Daniel Cosío Villegas. Lo *mexicano universal* seguía en desarrollo, aunado al entusiasmo bibliográfico nacional.

CONCLUSIÓN: “NACIONALISMOS ABIERTOS” HACIA AMÉRICA

Un hecho incontrovertible de fines de los 1950 empezó a disolver, sin embargo, la ambivalencia de lo *mexicano universal*. Los nuevos clásicos literarios, de Rulfo a Fuentes, sin obviar a Rosario Castellanos, empezaban a traducirse en varios idiomas. Por si esto fuera poco, el Fondo de Cultura Económica extendía filiales por toda América y ganaba un prestigio que marcaría el ritmo bibliográfico en lengua española de la segunda mitad del siglo xx. A la salida de Orfila del Fondo de Cultura Económica, en un homenaje de *La cultura en México*, Benítez (1965) apuntó la importancia de ese catálogo para la integración de “una América aislada”. Y elogiaba que el editor hubiera mantenido, “en un continente cercado, aislado, mediatizado, los valores de nuestra cultura, la posibilidad de no ser enteramente anacronizados” (pp. iv-v). Los libros del Fondo de Cultura Económica, en esta lectura, habían al fin contemporizado a América consigo misma y creado un tiempo simultáneo, una más extensa comunidad imaginada de lectores. De manera que lo

mexicano universal había sido desplazado por las nuevas coordenadas culturales e ideológicas latinoamericanas, antiimperialistas, nuevo sueño editorial que se iría desmoronando en los años 1980, con la compra de tantos sellos por parte de los gigantes transnacionales, quienes diluyeron su memoria. ➤➡

REFERENCIAS

- ANDERSON, B. (2021). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- ANÓNIMO. (1949, 6 de febrero). [Primer editorial]. *México en la cultura* (Suplemento de *Novedades*), 1, 3. México.
- BENÍTEZ, F. (1947, junio). *Carta al Señor Daniel Cosío Villegas*. (Exp. Fernando Benítez. Legajo 4172). México, Archivo Histórico del Fondo de Cultura Económica.
- BENÍTEZ, F. (1958, 23 de marzo). La epopeya del petróleo. *México en la cultura*, 471, 5-6 y 8. México, Suplemento de *Novedades*.
- BENÍTEZ, F. (1965, 1 de diciembre). Los libros que editó Orfila unificaron una América aislada e hicieron ver a millares que México no es un país de charros sino de hombres capaces de interesarse en las ideas. *La cultura en México*, 198, IV-V. México, Suplemento de *Siempre!*
- BENÍTEZ, F. (1977). *Lázaro Cárdenas y la Revolución mexicana*. México: Fondo de Cultura Económica.
- BENÍTEZ, F. (2000). *Fernando Benítez, Ayer y hoy. Antología de textos*. México: Secretaría de Educación Pública/Caniem/Asociación Mexicana del Libro/Universidad Nacional Autónoma de México.
- CAMPOSECO, V. M. (2012, 10 de febrero). Instantánea de Fernando Benítez. *Revista Replicante*. <https://revistareplicante.com/instantanea-de-fernando-benitez/>
- CAMPOSECO, V. M. (2015). *El suplemento México en la cultura, 1949-1961: Renovación literaria y testimonio crítico*. México: Dirección Ge-

- neral de Comunicación Social/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Dirección General de Publicaciones.
- CÁRDENAS, L. (1956, 10 de diciembre). Diego Rivera. *México en la Cultura* (Suplemento de *Novedades*), 585, 1. México.
- CÁRDENAS, L. (1960, 29 de mayo). Mugica, un hombre de la Revolución mexicana. *México en la Cultura* (Suplemento de *Novedades*), 585, 1. México.
- CHARTIER, R. (2017). *El orden de los libros*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- COSÍO VILLEGAS, D. (1947, 28 de enero). *Carta a Fernando Benítez*. (Exp. Fernando Benítez. Legajo 4172). México, Archivo Histórico del Fondo de Cultura Económica.
- FUENTES, C. (1992). *Tiempo mexicano*. México: Joaquín Mortiz.
- FUENTES, C. (2012). Cien años con Fernando Benítez. En F. Canales, C. Fuentes, C. Monsiváis, J. E. Pacheco & V. Rojo, *Homenaje a Fernando Benítez en la cultura* (pp. 31-39). México: Instituto Nacional de Bellas Artes/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- GARCÍA, G. (1999, 31 de marzo). Fernando Benítez: hijo de la Revolución. *Letras libres*. <https://letraslibres.com/revista-mexico/fernando-benitez-hijo-de-la-revolucion/>
- GARCÍA TERRÉS, J. (1955a, enero). La feria de los días. *Revista Universidad de México*, IX(5-6). México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- GARCÍA TERRÉS, J. (1955b, diciembre). La feria de los días. *Revista Universidad de México*, X(4). México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- HOWSAM, L. (2006). *Old books and new histories: An orientation to studies in book and print culture*. Toronto: University of Toronto Press.
- MARÍN, C. (1992, 19 de abril). Fernando Benítez, “Un Padrino sin mafia”, repasa su vida con los intelectuales. *Proceso*, 807. <https://publicaciones.proceso.com.mx/hemeroteca?periodo=1992>
- MONSIVÁIS, C. (2010). *La cultura mexicana en el siglo XX*. México: El Colegio de México.
- PACHECO, J. E. (1991, 28 de enero). Notas sin música para Juan Vicente Melo. En *Inventario*. Tomo VI: *Proceso 1990-2000*. U. Martí-

- nez Flores & M. del R. González Vázquez (Eds.), (pp. 205-211). México: El Colegio de México.
- PACHECO, J. E. (2000, febrero 27). Fernando Benítez en el medio siglo. *Inventario*. U. Martínez Flores & M. del R. González Vázquez (Eds.), (pp. 707-710). México: El Colegio de México.
- PACHECO, J. E. (2012, 22 de enero). La Malinche, Penélope y Coatlicue. *Inventario*. U. Martínez Flores & M. del R. González Vázquez (Eds.), (pp. 635-641). México: El Colegio de México.
- RAMOS DE HOYOS, M. J. (2020). La edición literaria de la segunda mitad del siglo xx en México. En K. Bello, M. Garone Gravier & L. M. Herrera (Eds.), *El libro multiplicado: Prácticas editoriales y de lectura en el México del siglo xx* (pp. 203-269). Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa.
- REYES, A. & PAZ, O. (1998). *Correspondencia Alfonso Reyes-Octavio Paz (1939-1959)*. A. Stanton (Ed.). México: Fundación Octavio Paz.
- TORRES GARCÍA, O. (2016). *Fernando Benítez, el suplemento "México en el cultura" del periódico Novedades y la Lectura en México en la sección "Autores y Libros": 1949-1955*. http://bibliotecavirtual.dgb.umich.mx:8083/xmlui/handle/dgb_umich/286
- VARGAS, R. (2019). Prehistoria de un suplemento. En *De México para América entera: Pequeñas historias del Fondo de Cultura Económica* (pp. 289-300). Ciudad de México: Libros Grano de Sal.